



**PABLO CARNICERO
DE LA CÁMARA**

**TRES MALDITOS
EN LAY CITY**

TRES MALDITOS
EN LAY CITY

PABLO CARNICERO DE LA CÁMARA.

TRES MALDITOS EN LAY CITY.

© Pablo Carnicero de la Cámara.

Extracto gratuito de la novela.

Revisión ortotipográfica:

Neftalí Lamolda (@neftali.bookstagrammer)

Revisión general: David López.

Diseño de portada y maquetación:

Somnis Design (<http://somnisdesign.net/>)

Puedes conseguir más información en mi web: [Pablo Carnicero Escritor](#)

Encuentra todas mis novelas en Amazon: [NOVELAS PABLO CARNICERO](#)

Todos los derechos reservados. Está prohibida la distribución y la reproducción total y parcial de la obra sin el expreso consentimiento del autor.

TIERNO

El cementerio de la pequeña localidad de Lay City es un lugar demasiado humilde como para permitir un cortejo fúnebre numeroso, y el que acompañaba a los restos mortales de Mauro Morales cumplía con los parámetros al uso. Tan solo su sobrino Jason escuchaba con el rostro inclinado la voz ronca del padre Murphy, acompañado por los dos empleados del cementerio, que iban bien pertrechados de sendas palas oxidadas.

Nadie más asistió al entierro en aquella nublada mañana de enero de 1934. Era un día laborable, y Mauro no era un hombre especialmente popular en la comunidad; así que el puñado de viejos conocidos que lo visitaron la noche anterior para darle el último adiós no repitieron visita al día siguiente. Ni siquiera Jason había mantenido una estrecha relación con el fallecido, a pesar de los lazos familiares que los unían. Si bien era cierto que había trabajado para él en el pasado como asistente personal —un eufemismo empleado por un sabueso como él para dirigirse a su guardaespaldas—, el trabajo de su tío interfería demasiado en la preparación de Jason, aunque, después de comprobar el resultado de tanto tiempo de esfuerzo y sacrificio, quizá debería haber asistido en más ocasiones al viejo.

Jason era un joven corpulento de un metro ochenta, de piel blanca como la leche, cabello rubio amenazado por una incipiente alopecia y rostro algo tosco. Había disputado en el pasado, con gran éxito, más de media docena de combates en el circuito amateur de Los Ángeles y alrededores, lo que le permitió disputar el campeonato de Estados Unidos contra Frederick Feary, obteniendo una derrota en una polémica decisión arbitral. Días después, aceptó una invitación de un conocido promotor para realizar una gira por España aprovechando sus raíces con el país, ya que él había nacido en un hospital de Madrid meses antes de que su familia decidiese emigrar a Los Ángeles.

El periplo en su tierra natal fue exitoso, obteniendo diez victorias soberbias contra los púgiles amateur más importantes del peso pesado y semipesado. Al cabo, decidió regresar a sus estudios universitarios con el objetivo de prepararse para la siguiente cita olímpica, pero el Comité Olímpico estadounidense decidió que los gastos sufragados por el promotor en la gira suponían un pago a cambio de boxear en España, por lo que lo declaró profesional, lo cual supuso su descarte inmediato para las Olimpiadas. La beca universitaria se esfumó y fue entonces cuando se vio obligado a trabajar junto a su tío, acompañándole durante algunos trabajos como guardaespaldas, mientras se preparaba para afrontar su primera pelea en la nueva etapa.

Su debut profesional como peso pesado se saldó con una rotunda derrota por KO en el tercer asalto. Sandy Williams, un enorme salvaje de piel bronceada que lo sacudió durante aquellos tres

asaltos infernales como si fuera un saco de entrenamiento, era un gran boxeador, pero podría haberlo derrotado. Jason sacudió la cabeza lentamente: el accidente de su tío le había impedido prepararse adecuadamente para aquella pelea, y había solicitado retrasar la cita varias semanas más, pero el promotor se negó en rotundo. Y, aunque era consciente de que necesitaba debutar contra un púgil de escasa experiencia profesional como él y, paulatinamente, continuar peleando contra rivales más experimentados, el dinero de la bolsa le permitiría asentarse en Los Ángeles y entrenar sin preocuparse por su situación financiera. Pero enfrentarlo a un rival con más de una década de experiencia y con aquella falta de entrenamiento había sido una locura, a pesar del immaculado bagaje amateur que poseía.

Los estragos de la pelea aún se hacían visibles en su rostro ligeramente amoratado, así como también en su pecho, el costado izquierdo e incluso en las manos. Alzó la mirada lentamente, tratando de localizar a algún asistente tardío. La voz del párroco irlandés aún continuaba recitando un extracto del Nuevo Testamento. Era el único religioso católico en veinte millas a la redonda y le desagradaba en extremo, pero no existía otra opción de poder ofrecerle a su tío un entierro católico digno. El padre Murphy se ocupaba de una parroquia cerca de Lay City compuesta por completo de irlandeses, y despreciaba, como muchos de ellos, la presencia de hispanos en la zona. Por ese motivo, había exigido el triple de su tarifa habitual para asistir al entierro y recitaba con desdén y de manera precipitada los textos sagrados con la intención de regresar a su remanso de paz irlandesa lo más pronto posible.

Lay City era una localidad no muy amplia situada a pocos kilómetros de Los Ángeles y de Bay City. Había sido fundada siglos atrás como un campamento de trabajadores desde donde se surtían los capataces de trabajadores para levantar cualquiera de las numerosas obras que el desarrollo de la civilización exigía. A lo largo de los años, las familias de los trabajadores inmigrantes ocuparon la mayoría de los barrios más humildes, separados por los barrios ocupados por la población más pudiente atraída por los bajos precios de la vivienda y la relativa seguridad que ofrecía el lugar comparado con las ciudades de los alrededores. Eran familias de hombres blancos venidas del este con buenos empleos en Los Ángeles o Bay City, exquisita educación y firmes creencias anglicanas. Muchos de ellos los observaban desde un púlpito de superioridad, asentados en un estrado de prejuicios muy extendido en la zona durante los últimos años. Y, aunque la pobreza era la tónica general entre las comunidades autóctonas del lugar, tanto los hispanos como sus vecinos de color mantenían buenas relaciones y el índice de criminalidad en la zona era el menor del estado. Eran pobres pero honrados, y cuando alguno de ellos decidía sobrepasar la línea legal, sus compadres se encargaban de castigarlo y entregarlo a la justicia. De esta manera, la convivencia entre aquellos sustratos tan diferentes era pacífica e interesada: unos precisaban mano de obra barata para las fábricas y explotaciones agrícolas que se habían asentado en la zona, y los otros encontraban trabajos medianamente dignos y mal pagados, aunque suficientes para mantener un nivel de vida aceptable.

Jason agachó la cabeza y acompañó al padre Murphy en los últimos salmos. El tío Mauro era la única familia que mantenía en el país después de que sus padres hubieran fallecido muchos años atrás. Pero un terrible accidente de automóvil lo postró en el hospital durante varios meses, aumentando la tensión emocional del púgil y asfixiando su posición económica añadiendo unas facturas médicas demasiado caras. Aquella perspectiva tan complicada le había afectado demasiado en la preparación del combate, y ni siquiera con la bolsa que se le entregaría al vencedor podría hacer frente a los gastos del hospital. De pronto, el destino le propinó un terrible gancho que envió al garete todas sus previsiones. Por ese motivo, aceptó la oferta de Bernie Salbers, un conocido hombre de negocios de la ciudad, propietario de numerosas fábricas y otros negocios en la zona.

Había amañado el combate y no se sentía orgulloso por ello.

Aunque su rival ya suponía un hueso muy duro de roer, Bernie había apostado a que Jason caería en el tercer asalto, de manera que entre el pago por el combate más el apaño ilegal podría cubrir los gastos médicos con un pequeño beneficio.

Aquella situación se agitaba en su mente al ritmo salmódico de la voz del padre Murphy como si deseara confesarse en aquel lugar sagrado: había caído derrotado en su primera pelea como profesional, lo que auguraba una carrera muy desafortunada. A partir de ese momento, recibiría ofertas para pelear en combates semiclandestinos, en clubes igualmente clandestinos, con escasos beneficios. ¿Quién le ofrecería un buen combate después de un pésimo debut? ¿Y si Bernie lo emplease para continuar amañando más combates?

—*Ite in pace* —sentenció el sacerdote, dibujando la señal de la cruz sobre el féretro del difunto.

Jason asintió lentamente con la cabeza mientras observaba a los trabajadores rellenar el foso con la arena húmeda recién excavada. Poco después, tomó aire y se cubrió la cabeza con el sombrero de fieltro. Tras santiguarse, se alejó del cementerio con paso distraído.

No tenía ni la más remota idea sobre cuál sería su próximo paso a seguir: su carrera deportiva pendía de un hilo a punto de quebrarse, su situación familiar se había desvanecido con la muerte de su tío, y no conocía otro medio de ganarse la vida.

El viento soplaba con fuerza en aquel catorce de enero de 1934. Los cipreses del cementerio se inclinaron con respeto mientras él se alejaba con paso meditabundo. Unos gruesos nubarrones encapotaban el cielo y amenazaban con otro día gris, feo y lluvioso, muy a juego con su temperamento en aquellos momentos.

Dos individuos vestidos con chaqueta y sombrero aguardaban apoyados en el morro de un espectacular Packard Eighth de 1930 y lo observaban con gesto serio. Uno de ellos, tocado por un sombrero de fieltro gris y más corpulento que su compañero, levantó la mano y le sonrió con una mueca casi cómica. Jason reconoció a Albert y Jacobs, dos de los hombres de Bernie Salbers. Albert,

quien aguardaba junto a su compañero con gesto cabizbajo, abrió una de las portezuelas del automóvil y lo invitó a acompañarlos. Era un tipo delgado dentro de un traje una talla más amplia de lo que debería, de mirada inquisitiva y seca, rostro afilado como el de uno de los buitres de las montañas y cabello ralo y oscuro contenido debajo de su amplio sombrero de ala ancha de lana. Jacobs esbozó una sonrisa tosca en su rostro de boxeador machacado y arrojó una mirada cargada de desprecio cuando Jason se detuvo junto a ellos.

—El señor Salbers quiere hablar contigo —indicó Albert con voz seca.

Jason se encogió de hombros y entró en el habitáculo del amplio automóvil en silencio. Albert se encaramó al volante con rapidez y el corpachón de Jacobs se aplastó junto a Jason.

—Te pegó una buena ese salvaje —se burló este mientras lo miraba con fijeza—. Está muy mal empezar tu carrera con una derrota..., y mucho peor contra un perdedor como él.

—Seguro que el señor Salbers tiene algo para usted —añadió el aguileño conductor.

El coche traqueteaba sobre el descuidado asfalto del barrio Haley. No era el lugar más pobre de Lay City, pero aun así los edificios mostraban un deterioro muy evidente, y algunos de sus habitantes merodeaban con paso cansino como si buscasen algo que hubieran perdido lustros atrás.

—A mí me ofreció un buen empleo —replicó Jacobs con voz jovial—. Cuando perdí contra Philippe, me contrató como personal de confianza. Y el sueldo es bueno.

«Personal de confianza». Aquel eufemismo hizo sonreír a Jason mientras observaba desfilas en silencio el humilde barrio de negros y chicanos que acogía el único cementerio de Lay City.

—Es posible que le apetezca tomar una taza de café con alguien más inteligente que un macaco —replicó Jason con acidez.

Su acompañante se removió en el asiento, molesto, y apretó los labios como si retuviese una réplica sagaz. Las comisuras resacas de Albert sonrieron en el espejo retrovisor del piloto.

—No insistas —cacareó—. Ese chaval no quiere ser tu amigo, Jacobs. Parece que no quiere ser amigo de nadie que no sea un hispano o un negro, al parecer.

Diez minutos de agradable viaje a través de la ciudad concluyeron en el aparcamiento privado situado en el sector sur de la fábrica de repuestos propiedad de Bernie Salbers, lugar que le proporcionaba la oportunidad de acceder al edificio sin cruzarse con los empleados ni los capataces de la empresa. La fábrica era un complejo de hierro insertado en el interior de gruesas paredes de piedra que alojaban los hornos y chimeneas del mayor proveedor de repuestos de carrocería de la zona para varios de los modelos más demandados de Ford y Packard. Los trabajadores se afanaban en perfilar las piezas que ninguno de ellos podría emplear en sus mucho más humildes y baratos utilitarios; eso en el caso de gozar de la suerte de disfrutar de uno de ellos. Las casetas de control se desperdigaban en la nave amplia como torretas de vigilancia de un extraño y moderno campo de trabajo.

Jason los acompañó a través de un laberinto pequeño de pasillos alfombrados con un gusto algo pasado de moda, salas de reuniones vacías y despachos de puertas de madera entornadas. Se respiraba un ambiente cargado y rancio, como si los efluvios de la sala de producción se hubieran filtrado por alguno de los conductos de ventilación. Se detuvieron ante una puerta custodiada en ambos flancos por sendos jarrones de cerámica de gran tamaño y, tras una breve incursión por parte de Albert, Jason accedió al *sancta sanctorum* de aquel pequeño reino: una estancia no muy amplia de suelo enmoquetado, muebles vetustos pero más caros de lo que Jason podría calcular, ventanales immaculados de madera fuera de lugar y un escritorio macizo de caoba envejecida por algún ebanista poco hábil. Aquel era el refugio de un tipo que, al parecer, poseía el dinero suficiente como para no importarle demasiado que lo estafaran con algunos de los objetos allí presentes y el gusto tan atrofiado como para encajar todas aquellas piezas con una evidente falta de decoro. Jason evitó esbozar una mueca divertida mientras se aproximaba hacia el escritorio donde aguardaba Bernie Salbers.

El anfitrión era un hombre alto, flaco y nudoso como una rama de árbol añejo vestido con un traje de seda gris. De suave rostro lampiño, mirada aguileña enmarcada por unas espesas cejas oscuras salpicadas de hebras blanquecinas y cabello encrespado igualmente salpicado por abundantes canas. Observaba al recién llegado con una sonrisa que arrugaba ligeramente aquel cutis immaculado.

—Me alegra que haya aceptado mi invitación, Señor Morales —dijo mientras se incorporaba de un reluciente sillón de cuero—. ¿Le apetece una copa?

—No acostumbro a beber por las mañanas —replicó Jason—, y mucho menos después de una como la de hoy.

—Lamento mi desconsideración —replicó Bernie con falsa aflicción—. Lo acompaño en el sentimiento.

—Ya lo ha hecho —añadió Jason con sorna—. Aproveché la enfermedad de mi tío para comprarme, y pensó que enviar una gigantesca corona de flores al entierro podría suavizar algo la situación.

—Fue un detalle espontáneo. —Se dirigió hacia un mueble bar bien surtido y comenzó a prepararse una copa—. No obstante, comprendo su punto de vista, joven. —Prosiguió de espaldas. El tintineo de los hielos lo interrumpió durante un instante—. Pero, según mi punto de vista, me aseguré de que ganase lo suficiente con el combate como para poder pagar las facturas que tenía pendientes. Todo el mundo sabía que la tenía perdida, ya que su preparación había sido muy deficiente. Debería estarme agradecido.

Jason decidió guardar silencio.

—Me figuro que no me habrá traído hasta su despacho para hablarme del combate mientras bebe una copa de *whisky*.

Albert ignoró el descaro y regresó a su trono con un amplio vaso de *whisky* entre las manos.

—Lo he invitado porque deseo ofrecerle trabajo —respondió con una sonrisa velada en el rostro.

Jasón recordó las palabras de Albert.

—¿Me va a ofrecer un puesto de «personal de confianza»?

La mueca de Salbers creció hasta transformarse en una sonora carcajada.

—Es posible —respondió, divertido—. Según tengo entendido, es usted un joven con el que se puede tener una conversación culta y civilizada, aunque no haya terminado sus estudios universitarios. Quizá contar con alguien medianamente inteligente y con el descaro que usted muestra, me venga muy bien; tengo demasiado adulator a mi alrededor.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero no estoy interesado en trabajar para usted.

—Ni siquiera ha oído la oferta, joven. —Bernie apartó su bebida y cruzó unos dedos largos y ensortijados sobre el tapete de la mesa—. Soy propietario de muchos negocios en esta ciudad y en Bay City; podría conseguirle los contactos suficientes para que deje a ese mediocre entrenador que lo ha mal aconsejado hasta ahora y encuentre a uno de verdad.

—Ese entrenador mediocre decidió no continuar conmigo después de la pelea —replicó Jason con dureza.

—Entonces, mucho mejor. Tengo un puesto excelente para usted que le permitirá prepararse para su próximo combate mucho mejor que hasta ahora. Creo que hay madera de buen boxeador en usted, y me ofrezco a pulirla.

Jason recordó lo que su tío Mauro solía decir de los hombres como Salbers: «No confíes en quien ofrece demasiado a cambio de muy poco, porque tarde o temprano te pedirá saldar la cuenta».

—En verdad, no tengo muy claro si quiero seguir boxeando —contestó Jason lentamente. Deseaba rechazar la oferta con el tacto suficiente como para no ofender a uno de los hombres más poderosos de la ciudad—. Necesito un tiempo para reflexionar.

—No se lo reprocho, por supuesto —replicó el anfitrión—. Pero le voy a dar un consejo gratis: busque alojamiento en otro barrio lejos de esa morralla que lo rodea. Usted no es uno de esos latinos o negros que merodean por Harson Street, y tarde o temprano tendrá un problema con ellos.

—Me he criado en barrios como Harson Street y he jugado en los patios de muchos de sus vecinos, así que estoy cómodo allí. No olvide que soy un inmigrante como ellos.

—Un inmigrante blanco —respondió Salbers con un relámpago en la mirada que le borró de súbito la sonrisa del rostro—. Un europeo, aunque mucha gente lo confunda con los mejicanos. Su padre fue un eminente doctor en Los Ángeles, y su apellido aún podría abrirle alguna puerta si cuenta con el apoyo necesario. Como puede apreciar, me he informado sobre usted.

Se incorporó lentamente y volvió a sonreír.

—Haga lo que crea oportuno, por supuesto —continuó con voz calmada—. Gracias a Dios, este es un país libre, y puede tomar sus decisiones sin que nadie lo presione. Usted es muy afortunado, si me permite la afirmación. Tiene muy buen físico, cerebro y agallas. Podría salir de la cloaca en la que vive y labrarse un futuro brillante. Incluso alejarse de este pozo inmundo que es Lay City y asentarse en Los Ángeles.

—Le agradezco el consejo, señor Salbers, —la voz de Jason sonó templada y contenida—, pero ahora mismo, creo que necesito descansar y poner todos los asuntos de mi tío en orden.

Su anfitrión lo despidió con una inclinación de cabeza aquiescente mientras Jason se dirigía hacia el mundo libre.

Personal de confianza.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando recordó aquellas palabras.

—Deberías aceptar la oferta.

La voz de Nuno resonaba poderosa en el antiguo despacho de Mauro Morales. Era una estancia amplia, presidida por una mesa de escritorio avejentada, sillas a juego a su alrededor y un sillón incómodo que había sometido a un tormento tolerable a su propietario durante demasiados años. Las paredes sostenían algunas estanterías baratas repletas de archivos desordenados y un par de ventanas solitarias ofrecían un mínimo contacto con el exterior. Algunas fotografías de Mauro junto a enigmáticos caballeros habían decorado las paredes como recordatorios de tiempos pasados y felices, antes de que Jason las hubiera recogido una a una con cuidado e introducido en una caja de cartón situada a los pies de Nuno. Su voz atezada por el suave acento portugués que se negaba a abandonar con el paso de las décadas volvió a insistir, y Jason giró el rostro molesto en dirección a su copa de Old Forester y la vació con un gesto brusco.

—Ni por todo el oro del mundo —replicó con la voz pastosa.

Nuno negó con la cabeza lentamente. Era un hombre negro, corpulento y más alto que Jason, de mirada cansada y acuosa, cabello corto cano y rostro arrugado por el paso de los incontables años de fatigoso trabajo. Mucho tiempo atrás, antes del cambio de siglo, había huido de niño de su pueblo natal en un recóndito paraje de Brasil para recabar en México, donde experimentó una vida de aventuras plagada de anécdotas dignas del mejor relato de aventuras. Después de unos años de trotamundos, conoció a su mujer, y decidieron cruzar la frontera para afrontar un futuro juntos. Acabaron en Lay City. Había trabado gran amistad con Mauro y Jason, y su opinión, siempre mesurada y razonable, fue tenida muy en cuenta por el tío Mauro.

Ambos bebían *whisky* sentados en las viejas sillas del despacho con la mirada perdida. Nuno mantenía una mano apoyada en el mástil de un perchero de hierro forjado y fijó la mirada en el joven detenidamente, como si deseara leerle los pensamientos.

—Piénsalo bien, chaval —insistió con voz lenta y calmada—. La carrera de muchos boxeadores siempre ha necesitado el empujón de alguien como Salbers. ¿De qué demonios vas a vivir si rechazas la oferta?

Jason se incorporó y se dirigió al mueble bar para descargar una nueva ración de licor en su taza de cerámica preferida. Era el único objeto que había rescatado después de regalar a los viejos amigos del barrio todos los enseres de la casa de su tío, ubicada en el piso superior. Nuno había elegido aquel horrible perchero de pesada forja artesanal que descansaba a su lado como un trofeo.

—Ni siquiera tienes un colchón donde dejarte caer —prosiguió.

—Estoy alojado en la pensión Perkins, no muy lejos de aquí —replicó Jason mientras se derrumbaba sobre el asiento pesadamente—. Me ha sobrado algo del soborno de Salbers, así que podré tirar durante un tiempo.

—¿Vas a vender el edificio?

Jason lanzó una mirada melancólica a su alrededor. Aquel lugar había conocido la historia personal y profesional de Mauro Morales, Investigador Privado, y la suya propia después del fallecimiento de sus padres. Sentía un apego que le impedía considerar aquella opción.

—Es lo único que me queda, y me costaría mucho esfuerzo deshacerme de este despacho. Aquí me hice hombre gracias a él, y aquí viví más horas que en la casa de arriba.

—Tú sabrás, muchacho, piensa que ahora eres el dueño de este humilde edificio. Local comercial en el piso bajo y una vivienda más que digna en el piso superior, en un barrio limítrofe con el de los blancos, lo cual le añade valor. En mi opinión, deberías vender este sitio y aceptar la oferta de Salbers para demostrar lo que llevas dentro. Eres un gran boxeador, Jason, y no creo que ese blanco pretencioso sea tan estúpido como para amañarte otro combate. Al menos, no para que pierdas.

—El tío siempre dijo que yo podía ser mucho más que un simple boxeador —alegó el joven. Tomó una de las fotografías de la caja, y sonrió con amargura.

—El tío Mauro te usaba de matón para protegerse las espaldas —espetó el negro.

—Pero aprendí mucho más visitando tugurios en Los Ángeles y Bay City y zurrando a la gente en la calle que en el cuadrilátero —replicó Jason con energía—. Y, aunque el tío era distante, me enseñó más cosas que pegarle a la gente. Una de ellas fue que desconfiase de la gente como Salbers.

—Otra de ellas también te la enseñó a su muerte: ¿cuántos de los que han venido a llevarse sus cosas han asistido hoy a su entierro?

Jason no respondió.

—Mauro fue un detective privado solitario, instalado en una ciudad muy compleja, que fue incapaz de hacer más que un puñado de amigos en toda su vida. Y sé lo que estás pensando, muchacho, y no me gusta nada.

Jason volvió a sonreír.

—¿Qué estoy pensando, viejo? —inquirió divertido.

—Tienes licencia de investigador privado y media carrera de derecho. Sé que admiras a tu tío, y por ese motivo aceptaste trabajar con él poniendo en peligro tu carrera como boxeador. Por eso te ha dejado tu entrenador: sabe que no quieres volver a pelear porque quieres continuar con el negocio familiar.

—Ese imbécil de entrenador no tiene ni idea de nada —bufó Jason molesto—. Insistió en que aceptase la gira en España porque quería correrse el viaje de su vida con los gastos pagados. Asistía a los combates borracho como una cuba. Por su culpa, el Comité Olímpico me ha descartado...

—El Comité Olímpico te ha descartado por un motivo más evidente —replicó el viejo con vehemencia—. ¿Es que no lo ves? No has nacido en Estados Unidos, así que para los miembros racistas y rancios de ese estúpido comité no eres más que un problema, porque para su desgracia te podrías haber ganado de nuevo el derecho a ganar el Campeonato Nacional de Boxeo en el año olímpico. Por eso, cuando te venció el inútil de Feary en el mejor combate de su vida, respiraron aliviados. No te extrañe que incluso esa gira no haya sido idea suya para quitarte de en medio.

—Nunca lo había tenido en cuenta —admitió Jason apesadumbrado.

—Pues ya lo sabes —sentenció Nuno mientras se incorporaba lentamente—. Te aprecio como a un hijo porque te has criado en mi casa, pero me duele mucho que dejes pasar la oportunidad de salir de esta ciudad. Eres un buen boxeador, y podrías ganar mucho dinero con algo de suerte y con los apoyos adecuados. Utiliza a Salbers en tu beneficio y luego pégale una patada en el culo y vuela alto, hijo.

—Sabes que mi carrera como boxeador está acabada, Nuno —respondió Jason con la mirada aún perdida—. Salbers me utilizará como a un pelele, y no sería fácil deshacerse de él. Prefiero quedarme aquí con el negocio del tío Mauro.

—Al menos puedes intentar boxear y ganar más dinero que en este polvoriento despacho. — Nuno se apoyó pesadamente en el perchero y fijó su mirada en el joven—. Este es un trabajo desgraciado, mal pagado y mal recompensado. Tu tío murió en un accidente mientras acudía a una cita a altas horas de la noche, pero podía haber muerto en cualquier callejón oscuro a cambio de un puñado de dólares arrugados. Este no es un oficio decente, muchacho, créeme.

Las palabras marcadas por el acento silbante del viejo aún rondaron por la cabeza de Jason durante algunas horas más, meditando borracho como una barrica de *whisky* en el despacho del finado detective. Había tomado una decisión y ya se arrepentía...

—Tienes un aspecto horrible, Jason —se burló Sandy mientras colocaba un plato de huevos revueltos con patatas y maíz tostado.

El aludido sonrió dolorosamente e ignoró el evidente comentario de la camarera del Moby Dick Coffee, un lugar variopinto decorado con motivos marítimos y cuyo logotipo era un asomo a la famosa ballena. A Jason le parecía irónico que aquel establecimiento llevara el nombre de un libro que posiblemente hubiera leído en toda la ciudad un puñado de habitantes, pero era un lugar

confortable que servía una comida más que decente a buen precio. Se encontraba en Maggot Street, una de las amplias calles pobladas por hombres blancos preocupados por asuntos de hombres blancos y cuyo barrio acogía la gran mayoría de los edificios municipales.

El costado había dejado de torturarlo y la hinchazón del rostro parecía que había remitido después de la purga en alcohol a la que se había sometido la noche anterior. Aunque había dormido unas pocas horas, tras una rápida visita a la pensión para ducharse y cambiarse de ropa, el comentario de Sandy era más una descripción exacta que un reproche. El dolor de cabeza de la resaca lo martilleaba con tanta crueldad como la voz del notario que le había exprimido más dólares de los que había calculado mientras redactaba los documentos legales para llevar a cabo los trámites para aceptar la magra herencia de Tío Mauro. Era un asunto caro aunque obligatorio, que prefería afrontar cuanto antes. No podía imaginar que lo dejaría con la cartera más seca que un día de Agosto en Pasadena.

Devoró el almuerzo con rapidez. Aquella comida había estado prohibida para él durante mucho tiempo, ya que los hábitos que había mantenido durante la preparación del combate lo habían privado de ello. En realidad, odiaba el espartano entrenamiento al que se había sometido día tras día, seguido por una dieta sosa e insípida, con el objetivo de afinar su cuerpo para conseguir ser más rápido y pegar más duro que su rival, siendo capaz de competir en el peso pesado y el semipesado sin problemas de peso. Una vida sacrificada para venderse por un puñado de dólares perdidos por el sumidero de hospitales, funerarias y funcionarios municipales.

Regresó a la oficina del Tío Mauro y se detuvo frente a ella un instante antes de entrar. Se trataba de un edificio de una sola planta, de piedra y madera, y de aspecto cuidado, ubicado en un término más que decente, en el que habitaba una curiosa mezcla de familias de todas las procedencias que preferían alejarse de los aislados suburbios raciales. Era un barrio de paso presidido por la Estación de Autobuses que aseguraba un lugar de descanso a los viajeros que caían en la ciudad.

Jason se despojó de la chaqueta de sarga azul y se aflojó los botones de la camisa mientras accedía al recibidor del edificio. Se trataba de un pequeño espacio con un largo banco de madera adosado a la pared situada frente a la puerta acristalada, donde las letras «MAURO MORALES, INVESTIGADOR PRIVADO» parecían perder lustre. Una escalera ascendía desde la izquierda hasta el piso superior, donde se encontraba la vivienda ya desalojada de su antiguo propietario. Después de la visita de los vecinos durante la noche anterior, la pieza había quedado completamente diáfana, como si Jason deseara comenzar en él una nueva vida. Y aunque el despacho del viejo investigador conservaba todo el mobiliario de su anterior propietario, el resto de recuerdos habían acabado en el desván de Nuno. Abrió la puerta y se dejó caer en el sillón del escritorio acompañado por su característico crujido. No lograba ordenar sus pensamientos después de tantos días agotadores.

¿Cómo había logrado mandar todo al carajo con tanta facilidad?

El teléfono sonó con un chillido estridente, y lo descolgó lentamente:

—Señó Morales, me alegro de poder hablar con *usté* —dijo una voz femenina. Parecía aliviada.

—Se equivoca de Morales, señorita —replicó Jason lentamente—. El señor Mauro Morales ha fallecido, lamentablemente.

—Lo sé, y lo siento mucho, *señó*. Es con *usté* con quien quiero hablar, si me lo permite.

—¿Acaso sabe con quién habla? —Jason parecía divertido—. Le advierto que no quiero comprarle nada...

—Claro que sé quién es *usté*, *señó* Jason. Necesito hablar con *usté* de un asunto *mu* importante.

—Estaré en mi nuevo despacho —suspiró Jason—, pero me alegraría saber con quién hablo.

—Soy Esperanza Norris, *señó* Morales. Nuno me ha *contao* esta mañana que va a seguir con el trabajo de su difunto tío, que descanse en paz.

—¿Y qué se le ofrece, Señora Norris? —La butaca crujió mientras trataba de encontrar una postura algo cómoda. Aquel asiento era infernal.

—Por teléfono, no, *señó*. En *die* minutos nos vemos, si no está *ocupao*. Lo llamo desde la cafetería de Long Street, no estoy *mu* lejos.

Jason esbozó una sonrisa irónica:

—De acuerdo, venga a la oficina, no hay problema. Tengo todo el tiempo del mundo...

Esperanza Norris se detuvo en el recibidor de la oficina con gesto tímido. Era una mujer ya mayor, vestida con un traje sencillo teñido en negro y con un pequeño sombrero de color rojo anidado sobre una espesa mata de cabello oscuro iluminado por un buen número de canas plateadas. Su rostro, surcado por multitud de arrugas, mostró unos dientes irregulares y amarillentos cuando esbozó una ligera sonrisa después de que Jason le abriera la puerta y le solicitara que accediese al interior del despacho. Ella caminó lentamente mientras aferraba con sus manos diminutas un bolso no mucho más grande que ellas. Lanzó una rápida mirada a su alrededor con el ceño fruncido:

—Ha *cambiao* muchas cosas —indicó con cierta sorpresa—. Ya no parece la oficina de su tío.

—Así es, señora Norris —respondió Jason con amabilidad.

La mujer tomó asiento en una de las viejas butacas situadas frente al escritorio y Jason hizo crujir a su asiento giratorio mientras trataba de adivinar el propósito de la visita.

—¿En qué puedo ayudarla? —prosiguió él, incómodo.

Esperanza Norris aguardó un instante antes de responder:

—¿Sabía *usté* que su tío estaba investigando el asesinato de mi George?

Jason se inclinó ligeramente sobre el vade del escritorio y cruzó las manos lentamente.

—Hace ya unos meses de aquel terrible suceso, señora Norris. No tengo ni idea de si mi tío había aceptado el caso.

—Pues lo hizo —replicó ella con rapidez—. Lo contraté porque no me fío de esos polis blancos.

—Pero su marido era un hombre blanco, señora. —Jason trató de parecer amable, pero aquella conversación lo incomodaba.

—Que se hubiera *casao* con una mujer negra lo convirtió en negro a ojos de los blancos —afirmó ella con un suspiro—. Debería saberlo, *señó* Morales. *Usté* se crió en estos barrios, y conoce de qué pie cojea cada uno...

—Por eso estoy seguro de que el comisario Joeck estará investigándolo...

—Igual que está investigando los *fregaos* de la Iglesia del Reverendo Jackson y del Mosten Bar.

Jason permaneció en silencio mientras recordaba los sucesos aludidos. Meses atrás, un pequeño grupo de desconocidos había propinado unas palizas brutales a un anciano en la puerta de la iglesia y a dos muchachos beodos al salir del Mosten Bar. Unas agresiones con víctimas negras en barrios de negros no parecían atraer demasiado el interés de la policía, sobre todo porque desde entonces no se denunció ninguna agresión más.

—Si mi tío se encontraba investigando el asesinato de su marido, lamento informarla de que no podré devolverle el depósito que le hubiera adelantado —respondió lentamente.

—No he *veníó* a que me devuelva la pasta —replicó ella con decisión—. He *veníó* a contratarlo a *usté* para que siga con el asunto. Es la única oportunidad de poder *hacé* justicia a mi pobre George.

—Seguro que la policía tendrá el caso entre manos...

—Mire, *señó* Morales, no se haga el mojigato que ya tengo una *edá* y no tengo ni un pelo de tonta —interrumpió ella con vehemencia—. Mi George era el dueño de una casa de empeños en Lowdern, y tenía clientes blancos, negros, chicanos y hasta amarillos. Alguien lo mató y a la pasma le importa un bledo porque estaba *casao* con una negra y atendía a negros, y como bien sabe estos asuntos no importan *ná* porque no salen en esos periódicos que solo leéis los blancos.

Jason se incorporó lentamente y caminó hacia la puerta del despacho.

—Señora Norris, es demasiado pronto para hacerme cargo de ningún asunto. Ni siquiera he cambiado las letras de la puerta.

—Pero *usté* tiene licencia de detective —replicó ella con mirada chispeante.

—Así es.

—Nuno dice que *usté* sacó la mejor nota del examen para la licencia —añadió ella.

Jason asintió con la cabeza mientras caminaba lentamente por el despacho con la cabeza inclinada.

—Entonces *usté* no tiene por qué esperar a que le cambien las letras de la puerta —sostuvo la señora Norris alzando la voz ligeramente—. Nuno dice que *usté* es tan cabezota como su tío, pero mucho más inteligente y *estudiao*. Dice que estuvo en la *universidá* estudiando leyes.

Jason tomó aire y lo expulsó lentamente para dominar sus nervios. Aquella conversación comenzaba a exasperarlo.

—Mire, señora Norris —dijo tras regresar a su crujiente sillón giratorio—. No quiero engañarla: no me siento preparado todavía para aceptar un caso como este.

—Nuno no me dijo que *usté* era un cobarde —contraatacó ella con rapidez—. Me dijo que su vida no había sido tan fácil como la de los niños blancos con dinero, que *usté* jugaba en los patios de sus vecinos negros mientras su tío trabajaba, y que era amigo de los negros. Pero no dijo que era un cobarde capaz de negarle a una viuda...

Jason se incorporó lentamente y le dirigió una mirada furiosa:

—Señora Norris, esta entrevista ha terminado ahora mismo. Hágame el favor de marcharse inmediatamente.

La aludida apretó los pequeños labios con fuerza y frunció el ceño, pero al cabo de unos segundos se incorporó y obedeció en silencio. Abrió la puerta, pero se giró lentamente hacia él y le dirigió una mirada intensa.

—Alguien mató a su tío por aceptar este trabajo —dijo con firmeza y con un tono mucho más arrogante y seguro—. Quizá debería aceptar el caso para encontrar al malnacido que lo mató y resolver dos asesinatos que la policía se niega a investigar. Ya le he dicho antes que no tengo ni un pelo de tonta y sé dónde me meto al encargarle este asunto, así que le agradecería que no me subestimara.

De pronto, la inocente viuda del señor George Norris dejó atrás sus modales rústicos y semianalfabetos para transformarse en una mujer radicalmente diferente.

—Cierre la puerta, por favor... —replicó Jason, perplejo—. Cierre la puerta y tome asiento.

3

El sol alargaba las sombras en el exterior y un viento suave arrastraba pequeñas ramas entre los restos de basura que revoloteaban en las aceras sucias. Lay City no era un ejemplo de ciudad pulcra, y aunque el barrio en el que Jason había heredado la oficina podía considerarse respetable, era evidente que no recibía muy a menudo las atenciones de los funcionarios del ayuntamiento. Jason apoyó los codos sobre el vade de cuero desgastado del escritorio y se acarició las sienes con gesto pensativo. Se había servido una copa de *whisky* y la señora Norris liaba un cigarrillo en silencio, recostada en su incómodo asiento de madera.

—Vamos a hacer un breve resumen de lo que sabemos hasta ahora —dijo él con voz grave. Había transcurrido una hora larga desde que su nueva clienta le hubiera puesto al día de todo lo sucedido, pero necesitaba ordenarlo todo en su cabeza—. George Norris regenta su casa de empeños en el barrio de Lowdern, no muy lejos de aquí, desde hace más de quince años. Sus clientes son de lo más variopinto, pero jamás ha tenido ningún problema con ellos.

—Así es, señor Morales.

Esperanza Norris había terminado de liar el cigarrillo y lo observaba con mirada atenta y afilada. Su expresión se había transformado en la de una mujer segura y decidida, muy alejada al temperamento mojigato e ignorante que ofrecía a las personas con las que no tenía confianza.

—Yo conocí a su difunto marido, y me pareció un hombre honrado, si es que es posible tener algún ápice de honradez en su oficio...

—Tan honrado como el que más —replicó ella con dignidad—. Jamás se aprovechó de su posición para ofrecer un mal trato a sus clientes, y todos lo consideraban muy de fiar. Incluso otros empeñistas acudían a él para consultarle...

—Comprendido, era un dechado de virtudes —interrumpió Jason mientras agitaba levemente una mano. Se encontraba muy fatigado y confuso—. La noche de autos iba a cerrar su establecimiento cuando entró un hombre de elevada estatura, corpulento y algo cargado de hombros. Me gustaría saber si por casualidad alguno de los vecinos le pudo ver la cara...

—Como le dije, tan solo la señora Malvert pudo verlo, y fue de lejos mientras regresaba a casa—intervino la señora Norris. Jason rasgó una cerilla contra la superficie de la mesa y ofreció la llama a su clienta. Esta encendió el cigarro y volvió a acomodarse en su asiento.

—Por eso tenemos esta descripción tan detallada y densa en detalles —reprochó Jason con ironía—. Pero es posible que el cliente fuese conocido por George, puesto que, de lo contrario, no le habría atendido a aquella hora tan tardía. También, podía ser un cliente importante al que no era posible negarle un buen trato.

—George tenía algunos clientes que preferían acudir a la tienda a última hora del día y disfrazados. Gente importante que no quería que nadie los viese entrar en un local como aquel.

—De cualquier manera, este individuo entra en la tienda con el permiso de George. Lo único que sabemos es que cuando usted acude a la tienda alarmada por la falta de noticias de su marido, se lo encuentra tendido en el mostrador con la cabeza abierta como un melón maduro.

—Ahórrese las florituras a la hora de describir a mi marido —interpeló ella incómoda.

Jason inclinó la cabeza a modo de disculpa antes de proseguir:

—La policía no encontró signos de forcejeo ni de más violencia que el golpe fatal, y un par de días después, cuando usted completó el inventario de la tienda, se descubrió que no faltaba ningún objeto.

—Así es, George era un hombre muy ordenado con los negocios, y llevaba la contabilidad al día. No faltaba nada.

—Entonces es evidente que se debe descartar el robo como móvil —prosiguió Jason. Bebió un largo trago del líquido ambarino de su copa y prosiguió lentamente—. Vayamos al asunto de mi tío. Usted afirma que, después de varios días de investigación, se puso en contacto con usted para informarle de que había encontrado una pista que lo llevaría directamente al asesino. Pero a la noche siguiente, tuvo un accidente de tráfico con el fatal desenlace que todos conocemos. Al parecer, la noche del accidente recibió una llamada en la oficina mientras bebía unos tragos con Bud Illgmar, un antiguo camarada del ejército con el que solía pasar algunas noches recordando los viejos tiempos. No reveló a Bud quién había realizado la llamada, pero mi tío lo despidió con rapidez, ya que podría representar otro paso más en la investigación. Estaba animado, pero no

borracho. De cualquier manera, perdió el control en una curva de Onfam Road y se estrelló contra un pequeño cobertizo.

—Alguien lo sacó de la carretera —añadió ella con severidad.

Jason se incorporó con un crujido del sillón y caminó hasta detenerse frente a una de las ventanas de la oficina. Tratar aquel episodio tan doloroso no era nada sencillo.

—¿Tiene alguna prueba? —questionó sin girarse hacia su interlocutora.

—Sí. Zacarias, su mecánico, encontró un golpe fuerte en el parachoques trasero —respondió ella con rapidez—. Alguien lo seguía y aprovechó la curva para sacarlo de la carretera.

—Pero ese golpe podía haberlo recibido en cualquier momento anterior —replicó Jason. Se encogió de hombros y regresó a su molesto sillón giratorio—. La policía lo descartó al momento.

—El comisario Joeck es un chupatintas racista, vago y corrupto —escupió ella con ira en la mirada—. No se llevaba bien con su tío, y de hecho intentó multarlo por el accidente mientras aún estaba en el hospital...

—Lo multó —añadió Jason con cierta indignación—. Yo tuve que hacerme cargo de la multa por exceso de velocidad, conducción temeraria y embriaguez, además de pagar los daños causados en el cobertizo; me dejó sin blanca. Coincido con usted en que el comisario es un estúpido hijo de la gran puta que no desaprovecha la ocasión de ajustar cuentas con quien se la tiene jurada, pero de ahí a encubrir un posible intento de asesinato, hay un paso muy grande.

—Pues lo hizo —afirmó ella—. De la misma manera que ha cerrado los casos de las palizas a los negros de meses atrás.

—Seguramente no encontraría ningún testigo para continuar con el caso —informó Jason con voz baja—, y además no ha vuelto a suceder ningún episodio similar.

—Pero podía haber investigado —replicó la señora Norris con voz indignada—. Si hubieran recibido las palizas hombres blancos, habrían sacudido los barrios de negros y mejicanos como si fuesen avisperos.

—Quizá tenga razón. —Jason dirigió una mirada cómplice a su clienta—. Pero un caso de asesinato es un asunto serio y feo.

—Como el de mi marido, que lo tiene parado como un caballo flaco y viejo. Está dejando pasar el tiempo para cerrarlo también por falta de pruebas.

Jason arrancó un crujido seco en el sillón mientras lo giraba lentamente.

—Al parecer, nos encontramos con la policía más ineficaz del Estado —bromeó con amargura Jason.

—Eso parece, pero su tío encontró pruebas para resolver el caso —prosiguió ella—, y por ese motivo lo mataron. Debe investigarlo, señor Morales. Por la memoria de su tío y de mi marido.

—Confieso que no tengo ni la más remota idea de cómo afrontar el caso —admitió Jason con una mirada inocente—. ¡No he trabajado solo nunca! He acompañado a mi tío muchas veces, y he visto cómo trata a los clientes, testigos y más gente. Pero jamás he llevado yo una investigación. No sabría ni por dónde empezar.

—Usted es un hombre muy inteligente, señor Morales. —Ella se incorporó con agilidad y apagó el cigarro en un cenicero situado en el escritorio—. Sabrá pensar igual que su tío. Seguro que encontrará algo en sus archivos.

Extrajo un billete de un monedero de terciopelo y lo tendió sobre la mesa.

—Aquí tiene cien dólares como anticipo.

—Ni siquiera sé cuáles son mis honorarios —bromeó Jason.

—Su tío cobraba veinticinco dólares diarios más gastos —replicó ella con una leve sonrisa en su rostro arrugado—. Usted pruebe a rebajar sus honorarios a veinte dólares al día más gastos; no me parece caro, y es un precio muy justo. Aquí tiene una provisión para cinco días de trabajo. Si necesita más, llame a la tienda. Necesitaré un recibo, como comprenderá. Estoy liquidando el género y seguro que lo podré atender.

Se despidió con una amplia sonrisa y guardó el recibo que le expidió Jason en el bolsito negro. Había anochecido, y se alejó de la oficina como una pequeña mancha dentro del manto más oscuro de la ciudad. Caminaba con seguridad, concedora de que nadie atentaría contra una conocida viuda que regresaba a casa. Lay City era una ciudad dura, pobre y de un carácter marcadamente racista, pero también mucho más segura que el resto de ciudades vecinas. Allí no se atracaban a las viudas que regresaban a casa por la noche: se mataban a prestamistas a sangre fría y se propinaban palizas esporádicas a un puñado de negros, pero nada importante para que la policía lo investigase en profundidad. Lay City era una ciudad demasiado aburrida...

El taller era un lugar desordenado ubicado en las afueras de Lay City, al que era posible acceder atravesando una carretera repleta de baches. Parecía que los pacientes que

acudían allí a recibir su reparación obtendrían una ración extra de maltrato durante el camino para quedar listos para una revisión completa. Jason detuvo su viejo Ford en el pequeño aparcamiento de tierra aplastada situado en la entrada del taller. Un puñado de automóviles parcialmente desmontados se desparramaban frente a un porche amplio de chapa desconchada donde era posible leer la inscripción parcialmente borrosa «REPARACIONES SMITH & MOLCHIER». La mañana era fresca, y Jason vestía una chaqueta amplia y larga de color gris que le confería un aspecto severo y audaz, muy similar al de los detectives que había leído en las novelas policíacas a las que era muy aficionado. Había adquirido la prenda esa misma mañana en un almacén de la calle Coulchester, muy cerca de la oficina. El dueño del santuario para automóviles, Michael Zacarias Smith, se encontraba revisando el bajo de un desvencijado Oldsmobil y se escurrió sobre la gravilla como una serpiente de aceite al observar la llegada de un nuevo cliente. Era un tipo bajo y de cuerpo fibroso y nudoso, de mirada azul limpia y avispada, rostro pecoso y pelo pajizo siempre manchado por aceite, alquitrán o alguna de las sustancias con las que trabajaba. Lanzó un sonoro silbido al observar el viejo Ford del recién llegado.

—No sé yo si podré conseguir piezas de repuesto para ese Flivver; es una antigualla —advirtió divertido—. Siempre que me visitas, pienso que es el último viaje que hará este cacharro.

Jason sonrió y estrechó la mano del mecánico después de que este se la hubiera limpiado parcialmente en los pantalones.

—De momento, funciona más o menos bien —replicó, sonriente—. Pero no he venido a que le echés un vistazo, aunque le haría buena falta.

—Siempre es entretenido fisgonear en estos bichos. —Zac devolvió la sonrisa y volvió a dirigir una mirada curiosa al automóvil—. Es como visitar un museo, aunque yo visito pocos por culpa del trabajo; no tengo tiempo.

Jason observó el nutrido parque automovilístico que aguardaba con paciencia las atenciones del mecánico y asintió con la cabeza: Zac era uno de los mejores mecánicos de la ciudad, pero no el más rápido, y sus clientes eran conscientes de que obtendrían una reparación fiable y barata, pero no rápida.

—No voy a robarte mucho tiempo, Zac.

Ambos se dirigieron hacia una pequeña caseta de madera adosada a la nave principal. Allí, el mecánico tomó una cafetera que humeaba en un pequeño hornillo de carbón y sirvió café en dos tazas de cerámica decoradas con motivos navideños.

—Tú me dirás, amigo. Para ti siempre tengo un rato para charlar. ¿Qué tal llevas lo del viejo?

Jason bebió un pequeño sorbo del café y dejó que el potente líquido le calentara la garganta. En verdad, aquel mecánico era muy bueno en su trabajo, pero su café podría alimentar a muchas de sus máquinas durante cientos de kilómetros.

—Lo llevo como puedo, Zac —replicó con voz algo resignada—. Pagando muchísimas facturas. El tiempo que pasó en el hospital y los trámites de las herencias y demás me han dejado sin blanca.

—Podría conseguirte algo de pasta por ese viejo cacharro —replicó el mecánico, lanzando una rápida mirada al Ford de Jason—. No es mucho, pero podría encontrar algún nostálgico que pagaría por él unos cuantos dólares.

—De momento, no lo vendo. Lo necesito, y no puedo permitirme otro nuevo. Pero no he venido hasta aquí para hablar del coche ni para comprobar que hacer café no es lo tuyo...

Depositó la taza sobre una repisa de la caseta y Zac respondió con una sonora carcajada. El lugar era un habitáculo estrecho que su propietario empleaba como cocina y taller improvisado. Jason apartó una llave metálica del asiento de una de las sillas de mimbre y se apoyó en su respaldo, sin atreverse a probar su dudosa comodidad y limpieza; la gabardina era nueva y no deseaba mancharla tan pronto.

—Bueno, pues tú me dirás, amigo —repitió el mecánico mientras tomaba asiento en otra de las sillas de mimbre con gesto despreocupado. A él sí que no le importaba añadir más medallas de aceite a su bien cargado uniforme.

—Estoy interesado en un detalle del coche del viejo.

Los ojos azules de Zac se entornaron ligeramente y este negó con la cabeza con gesto apesadumbrado.

—Un desastre, amigo. Siento mucho lo que ocurrió con el viejo.

—Sé que recogiste el coche de mi tío y que lo inspeccionaste para saber qué ocurrió.

Zac guardó silencio un instante, y luego bebió un largo trago de café.

—Mal asunto —replicó con un gesto de desagrado. Quizá a él tampoco le gustaba su propio café—. La reparación habría salido por mucha tela, así que tu tío hizo bien en mandarlo al desguace. El cacharro estaba arrugado como una bola de papel.

Jason frunció la frente y se rascó la cabeza, pensativo.

—¿Viste cómo tenía la parte trasera?

—Había recibido un golpe en el guardabarros de la rueda trasera izquierda — contestó el mecánico con voz espesa—. Pero la poli descartó que hubiera sido el motivo del accidente porque calculó por las huellas de neumático en la carretera que el viejo había tomado la curva demasiado rápido y, además, su aliento apestaba a *whisky*. Dijeron que podía haber recibido el golpe del guardabarros en cualquier momento, y dudaban de que alguien lo hubiera sacado de la carretera.

—Pero el viejo podría haberse salido de la carretera si alguien lo hubiera golpeado de esa manera.

—Joder, muchacho —protestó el mecánico mientras se rascaba el pelo sucio—. No sé en qué coño estás pensando, pero no te aconsejaría que siguieras ese camino si es lo que yo pienso.

—¿Crees que sacaron al viejo de la carretera? —insistió Jason con voz dura. Lanzó una mirada penetrante a su interlocutor, y este la esquivó incorporándose y depositando su taza sobre una repisa.

—No tengo ni idea, joder —bufó este acorralado—. ¿Qué quieres que te diga? Ojalá me hubiera callado y no se lo hubiera dicho a la señora Norris cuando me lo preguntó.

—Pero lo hiciste, Zac, porque eres un tipo honrado y ese detalle te llamó la atención —replicó Jason con tono más amable—. ¿Pudiste echar un vistazo al coche?

—Tengo mucho jaleo —replicó el mecánico, algo reconfortado por las palabras de su amigo—. Me fijé en el golpe de la parte de atrás, pero nada más. Lo dejé en la nave hasta que el del desguace vino a llevárselo.

—¿Te dejó algún albarán o parte de trabajo?

Zac se limpió las manos en un paño limpio y negó con la cabeza.

—No. Dijo que se lo entregaría a tu tío junto a los cuarenta dólares que valía esa chatarra.

Jason sonrió.

—Muchas gracias, amigo —dijo con tono alegre—. Me has ayudado muchísimo. Te haré una visita cuando quiera vender el Ford.

Jason regresó a su automóvil con paso apresurado y decidido. Aquella conversación corroboraba por completo las sospechas de la señora Norris. Si hubiera recibido un golpe como el que Zac describía, su tío habría llevado el coche al taller inmediatamente, ya que era muy cuidadoso con el mantenimiento del vehículo. Además, era un conductor excelente y jamás cogía el coche de manera tan temeraria, por lo que

era improbable que se hubiera salido en aquella curva por culpa del exceso de velocidad. Pero lo que de verdad lo había convencido de que había algo turbio en el asunto fue el detalle del desguace.

Su tío no había ordenado retirar el vehículo ni concertar su desguace simplemente porque no había recobrado la consciencia ni un solo instante durante su ingreso en el hospital. Era imposible, así que alguien había usurpado su identidad para deshacerse del vehículo.

A su tío lo habían sacado de la carretera aquella noche.

¿Qué te ha parecido lo que has leído hasta ahora? ¿Te apetece acompañar a Jason Morales en su investigación? Te advierto que las tres historias son adictivas, y no vas a poder parar de leer.

Si te apetece seguir leyendo, puedes encontrar la novela en diferentes formatos: papel, Kindle, te dejo los enlaces a continuación:

Consíguelo en papel en mi web [aquí](#)

Consíguelo en Amazon (tapa blanda o Kindle) [aquí](#)